

En torno al nuevo Museo Judío de Berlín y la cultura alemana de la memoria

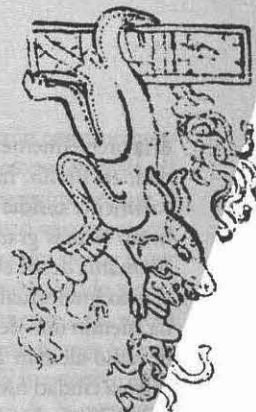
Jimena Aguilar Prieto*

El 9 de septiembre de 2001 fue inaugurado el Museo Judío de Berlín. No es de asombrar el carácter espectacular que tuvo este evento en la nueva capital alemana: más de 800 invitados escucharon en la Filarmónica de Berlín la Séptima Sinfonía de Mahler y fueron agasajados con un banquete en el moderno y provocativo edificio del arquitecto americano Daniel Liebeskind, para celebrar “un nuevo capítulo en la historia judío-alemana”, según los medios de información. Celebrities del mundo político, como Johannes Rau (presidente de Alemania) y Joschka Fischer (ministro del Exterior), tuvieron la oportunidad de conversar en el recinto del museo con artistas de la talla de Christo y con representantes de comunidades judías de todo el mundo.

El Museo, en el que serán expuestos más de 3,900 documentos de historia judío-alemana a lo largo de dos siglos, no pretende ser entendido como un museo *más* del holocausto o como un recinto para recordar a las víctimas del nazismo. La concepción del museo se debe casi en su totalidad a Jeshajahu Weinberg, quien también conceptualizó el Museo de la Diáspora Judía de Tel Aviv y el *Holocaust Memorial Museum*, en Washington. Lo que distingue este nuevo museo de otros museos judíos, es su decidida distancia respecto a una concentración temática en el holocausto. Lejos de ello, afirma el director del museo (Michael Blumenthal), se trata de narrar e ilustrar una historia: la historia de los judíos en Alemania, desde los primeros asentamientos semíticos en tiempos del Imperio Romano hasta el presente, basándose para este propósito en documentos historiográficos e ilustraciones (fotografías, objetos religiosos y de arte, etcétera). Los creadores de este museo están conscientes de los peligros ideológicos que puede tener una perspectiva en la que *la historia* sea el criterio selectivo del contenido: no

pocas veces se ha mitificado la historia del pueblo judío, caracterizándola como una fatalidad que comienza con el Éxodo de Egipto. Los judíos son vistos dentro de esta interpretación como eternas víctimas de la historia, sin ser la menor consecuencia el que el holocausto se entienda también como parte constitutiva y necesaria de la historia de un pueblo eternamente perseguido. El Museo Judío de Berlín quiere abrir sus márgenes a otras realidades de esta cultura: pretende dar a conocer la cultura judía en toda su riqueza y en su contribución económica y cultural a la nación alemana y no sólo recordar el período más oscuro de la historia judío-alemana.¹

Pocas veces se repara en que la especificidad conceptual de un museo está determinada en gran parte por la fuente de su financiamiento. La mayoría de los museos judíos europeos son creaciones de comunidades judías locales, lo cual se expresa en la presentación de objetos de culto religioso o de arte como testimonio material de la cultura y, muchas veces, en la identidad entre el judaísmo y el holocausto. Este nuevo museo se apoya en un financiamiento estatal, es decir, que no proviene de la comunidad judía de Berlín. Esta mediación estatal le otorga un lugar determinado dentro del discurso institucional cultural alemán: al instituirse un museo que pretenda en su concepto ir más allá del esquema en el que se identifica al pueblo judío con el holocausto y su historia con la historia del Éxodo, se señala a la vez la posición política actual en torno al nacionalsocialismo. Ya el hecho de que este museo esté situado en Berlín, le otorga un carácter único en relación con cualquier otro museo judío. Si la famosa tesis de la *Dialéctica de la Ilustración*, de que la civilización contiene en su mismo concepto los gérmenes de la barbarie, pudiera encontrar un símbolo materialmente existente e históricamente dado, ese símbolo lo ten-



MIRADAS

* Maestra en Filosofía y Estudios Latinoamericanos. Actualmente cursa el doctorado en Filosofía en la Universidad Humboldt, en Berlín

¹ Cfr. *Jüdisches Museum Berlin*, especial del semanal alemán: “Allgemeine Jüdische Wochenzeitung”, sept./oct. 2001, Berlín 2001.

dría precisamente en la historia de esta ciudad: en Berlín, habría que recordarlo, no solamente residía antes del nacionalsocialismo la más grande comunidad judía de Alemania desde el siglo XIX, sino que fue el centro intelectual de la Ilustración alemana, siendo uno de sus mayores exponentes el judío-alemán Moses Mendelssohn. La misma ciudad fue, en el siglo pasado, sede del régimen de terror que organizó con la mayor sistematización y eficiencia el crimen más grande de la humanidad. Y si apenas hace seis décadas los homosexuales se veían obligados a mostrar la estrella rosa que los marginalizaba de la sociedad, ahora se manifiestan estruendosamente en el carnaval homosexual más grande de Europa, el famoso *Christopher's Streetsday* de Berlín.

Un poco de historia de la "memoria colectiva" alemana

De la mayor importancia es que las instituciones culturales en Alemania, como las que están en la base de este museo, buscan como uno de sus fines más importantes impulsar una política educacional. No se trata, por cierto, de un nuevo programa de los socialdemócratas y los verdes (que forman una coalición en el gobierno actual); muy por el contrario, la educación política del pueblo alemán es una meta que surge ya en los tiempos de la posguerra, convirtiéndose paulatinamente en una tradición que busca formas de confrontarse educativamente con la parte más problemática de la historia alemana: el período del nacionalsocialismo. A una ya institucionalizada "cultura de la memoria" (*Erinnerungskultur*), que se ha ido desarrollando y modificando a lo largo de seis décadas de historia, le subyace el imperativo ético de lo que los alemanes designan con el concepto de *Vergangenheitsbewältigung*, concepto difícil de traducir, ya que lo mismo designa *combatir* que *superar* el pasado. De cualquier forma, trátase de constituir y mantener una conciencia en torno al pasado alemán. Exponer brevemente cómo se ha ido dando la *Vergangenheitsbewältigung* desde la posguerra hasta la actualidad, puede servir para ahondar en el significado que el Museo Judío de Berlín tiene al tomar en cuenta el contexto de educación política en Alemania.

Con la caída del nazismo surge la inquietud, por parte de los poderes de la ocupación, de que pudiera darse una recaída en un régimen totalitario y terrorista. La posibilidad de construir en Alemania un nuevo orden democrático era una pregunta que se hacían los poderes aliados pensando sobre todo en las causas sociales que habían permitido que Hitler llegara al poder. De esta suerte, desde el principio de la posguerra, la pregunta por un posible futuro democrático de Alemania se constituye como inseparable de su pasado totalitario. Y si bien todos los países aliados estuvieron de acuerdo en resolver la *cuestión ale-*



mana exterminando el nazismo de raíz (baste recordar la fundación del famoso tribunal de Núrnberg y el Tratado de Londres, firmado por los poderes de la ocupación en 1945, en el que se exigían a sí mismos "la persecución y el castigo de los principales criminales de guerra", teniendo como mayor consecuencia la política de "desnazificación"), cada uno tenía su forma propia de interpretar el pasado inmediato y de proponer vías de democratización. Como sabemos, Alemania quedó dividida en dos grandes ideologías, no sólo contrapuestas, sino en una creciente tensión entre sí, lo que finalmente habría de desembocar en la Guerra Fría. A partir de ambas ideologías pueden distinguirse dos formas de entender el pasado nazi y, por consecuencia, dos formas de reeducación hacia la democracia: la de la Alemania occidental (REA) y la de la Alemania oriental (RDA).

La interpretación de la *cuestión alemana* en la República Democrática Alemana (RDA), ocupada por la Unión Soviética, era el resultado de la aplicación de un modelo marxista dogmático a la historia. La interpretación de la historia se basaba en la tesis de que las relaciones de clase *son* las que *hacen* la historia.

De esta suerte, habían sido los "capitalistas" los que se encargaron de que Hitler llegara al poder, para asegurar sus intereses de clase e impedir que la clase trabajadora llevara a cabo su tarea histórica de fundar el comunismo. La interpretación de la historia como un proceso sometido a leyes inamovibles tuvo por consecuencia en la RDA excluir del discurso oficial la cuestión de la responsabilidad moral por los crímenes cometidos bajo el nacionalsocialismo. A los "capitalistas-nazis" no había que juzgarlos moral e individualmente, sino que más bien había que perseguirlos y liquidarlos como "enemigos de clase". Tampoco podía hablarse de una culpa colectiva, ya que el Tercer Reich había sido obra del capitalismo y sus cómplices. La *cuestión alemana* quedaba solucionada de una forma simple: el pasado capitalista-nazi encontraba su superación una vez que la clase trabajadora había alcanzado el poder; la edificación de la RDA se entendía, dentro de la doctrina del marxismo-leninismo, como feliz superación del nazismo.²

Al contrario de la RDA, los aliados occidentales no tenían un modelo ideológico común a la política de ocupación. Si bien compartían ciertos valores fundados en la democracia (autonomía, libertad de prensa, pluralidad de partidos, etcétera) no existía una política unitaria para interpretar el pasado nazi. Sin embargo, a diferencia de la RDA, en los sectores occidentales estaba en el aire la idea de que Alemania podía recaer en cualquier momento en la barbarie del nazismo: la cultura alemana era antidemocrática no desde Hitler, sino desde tiempos que hundían sus raíces en el siglo XIX, desde donde se había preparado el camino para que Hitler llegara por elecciones libres al poder. Hitler, lejos de ser un inexplicable fenómeno en la historia, era lo que se podía esperar de un pueblo que cómodamente se sometía a las órdenes de un dictador; un pueblo incapaz de responsabilizarse por su propia libertad.³ Los alemanes no habían alcanzado la *mayoría de edad* de la que hablaba el más grande filósofo de la Ilustración. Ya que no estaban maduros para emprender por sí mismos formas de democratización, había que reeducarlos para ello. Esta opinión la sustentaban sobre todo los estadounidenses, quienes se encargaron de implantar un vasto programa de reeducación

(por medio del cine, conferencias, en las escuelas, etcétera) en el sector que ocupaban. Resumiendo, en la década inmediata al nacionalsocialismo, se trataba de una "culpa colectiva ordenada" (así, en la interpretación de Friedrich H. Tennbruck), lo cual impedía necesariamente una reflexión crítica y abierta en torno al pasado nazi. Ciertamente, en ese entonces no podía plantearse de otra manera la relación con el pasado: sólo con el transcurso de los años, es decir, con la distancia histórica, podrían empezar a relacionarse de forma más libre y diferenciada.

En los años sesenta era ya conocimiento común el que millones de seres humanos, principalmente judíos, habían sido exterminados en campos de concentración. Sin embargo, ante el descubrimiento de la más terrorífica de las realidades se impuso la necesidad de "olvidar" el pasado; una profunda resistencia traumática que era consecuencia de enterarse de lo que realmente pasó, encontraba su cabal expresión en la medida en que el pasado se convertía en tema tabú, destinado al silencio represivo. Sólo la generación estudiantil, fuertemente politizada y en constante rebeldía contra las instituciones, comenzaba a exigir, recordar y confrontarse con el pasado nazi. Por cierto, esta exigencia juvenil no brotaba de un mero ímpetu de rebeldía, sino que encontraba un importante fundamento teórico en las universidades: el tema comenzó a ser dilucidado a nivel académico, sobre todo tomando en cuenta que los miembros de la Escuela de Frankfurt le otorgaron un lugar prioritario en sus investigaciones. El que en Alemania se haya institucionalizado a lo largo del tiempo un concepto de *Vergangenheitsbewältigung*, bajo un horizonte de política educacional, mucho tiene que ver con los estudios interdisciplinarios de intelectuales de la talla de Adorno y Horkheimer. Es cierto que desde principios de los años sesenta se produjeron varias teorías que intentaban establecer un concepto de *Vergangenheitsbewältigung* con vistas a una política educativa a nivel nacional. Sin embargo, la concepción de la Escuela de Frankfurt, vinculada explícitamente a los ideales de educación de la *Aufklärung* (Moses Mendelssohn e Immanuel Kant subrayan la educación cultural y crítica del indivi-

duo como condición necesaria para la emancipación del hombre de poderes ajenos a su determinación racional) se impuso finalmente como una política pedagógica que se basaba en la reflexión individual y autocrítica y que tenía por finalidad evitar el surgimiento de tendencias totalitarias y antidemocráticas.⁴

El presente, con miras hacia la tolerancia multi-cultural

El problema de la confrontación con el pasado ha sido desde entonces una preocupación constante en la política educacional alemana. No solamente se discute como debate entre intelectuales que intentan solucionar la delicada cuestión de la *culpa alemana*, sino que es una realidad en los programas de formación para las escuelas secundarias. Como era de esperarse, se ha llegado a la banalización a causa del abuso del tema. Las generaciones actuales de jóvenes, que sólo tienen una experiencia mediada del holocausto, no encuentran más que palabras vacías e incapaces de responder a sus preguntas: ¿qué tan "culpables" son las nuevas generaciones del nacionalsocialismo?, ¿qué protege a los alemanes de volver a cometer crímenes semejantes: una moral individual o más bien instituciones sociales y estatales?⁵

Combattir el pasado no puede significar olvidarlo totalmente ni convertirlo en una obsesión traumática y acusatoria de culpa. Esta necesidad bien pudo satisfacer a generaciones pasadas que tuvieron la experiencia (unos más de cerca que otros) del mayor crimen de la humanidad. El "combate" actual con el pasado tiene que hacerse desde los márgenes de un pensamiento libre (sin culpas) y productivo. Si bien la cultura de la memoria alemana parte del supuesto de una "memoria colectiva", ésta no puede darse más que a través de un diálogo crítico y sin tabúes con el pasado. Una forma en la que se puede dar este diálogo es precisamente a través de un museo. En ese recinto el visitante tiene la oportunidad de hacer sus propias preguntas a partir de su singular historia y experiencia para relacionarse históricamente con el todo de su sociedad y con el resto de los individuos que la componen. El pasado no puede reducirse a ser una experiencia traumática,

ya que el poder de una razón constructiva y productiva sólo puede ejercerse a través del pensamiento libre. Precisamente porque el Tercer Reich y el holocausto se constituyen como una realidad que nunca puede tener el carácter de problema solucionado y perteneciente a un pasado muerto, cada nueva generación ha de encontrar nuevas formas de relacionarse con ello. El imperativo ético de mantener una "cultura de la memoria" sólo puede adquirir en el presente una orientación hacia la sociedad actual y futura, por ejemplo, abriendo formas de sensibilización no sólo para respetar a las comunidades judías actuales, sino a cualquier minoría que viva en una sociedad multicultural y democrática. Este es precisamente el carácter pedagógico del Museo Judío de Berlín, que se materializa también al ofrecer un archivo de investigación y un *Learning Center* con material didáctico e informativo para maestros, científicos y para toda persona que tenga interés en ello.

Si la cultura de la memoria comenzó siendo un control civilizador ordenado por los aliados, hoy en día encuentra el mayor respaldo en instituciones culturales que se preocupan tanto por una conciencia crítica y compleja respecto al pasado, como por un diálogo de tolerancia y respeto hacia todo aquello que es *lo diferente*, lo que somos, por cierto, cada uno de nosotros.

2 Respecto a la lectura de la historia en relación al pasado nazi en la RDA, cfr. Friedrich H. Tennbruck, "Von der verordneten Vergangenheitsbewältigung zur intellektuellen Gründung der Bundesrepublik: die politischen Rahmenbedingungen", en: *Die intellektuelle Gründung der Bundesrepublik*, Frankfurt, 2000.

3 *Ibid.*

4 Cfr. Clemens Albrecht, "Im Schatten des Nationalismus: Die politische Pädagogik der Frankfurter Schule", en: *Die intellektuelle Gründung der Bundesrepublik*, Frankfurt, 2000.

5 Cfr. Bernhard Schlink, "Auf dem Eis. Von der Notwendigkeit und der Gefahr der Beschäftigung mit dem dritten Reich und dem Holocaust", en el semanario: *Spiegel* 19/2001.